

de enero de 1377 con ramas de olivo y cantando el *Te Deum*. El papado parecía haber vuelto á Roma para siempre.

Un año después de su regreso á Roma, Gregorio XI muere en Anagni, en 27 de marzo de 1378. Por la primera vez desde Clemente V, la elección iba á hacerse en la misma Roma. Pero la ciudad y el Sacro Colegio estaban en gran disensión: los cardenales se dividían en lemosinos (1), franceses é italianos. En medio de las cábalas y de las competiciones, la mayoría, sin embargo, pareció que se decidía á favor de Bartolomé Prignano, arzobispo de Bari; italiano y al mismo tiempo súbdito de los príncipes franceses de Nápoles, esta candidatura se prestaba para una combinación. Pero la elección se hizo en circunstancias especiales. La entrada del conclave se efectuó en desorden; la puerta que, según costumbre, debía tapiarse después de la entrada, no se tapió. En la noche del 7 al 8 de abril los romanos saquearon las bodegas del Vaticano. A la salida del sol se tocó á rebato en todas partes; el pueblo reclamó á grandes gritos un papa romano, y los cardenales se espantaron. «Vale más elegir al diablo que morir,» dijo uno de ellos. Efectivamente, se decidieron á prometer, por el ventanillo, un papa romano ó italiano, y el arzobispo de Bari fué elegido por unanimidad, menos un voto.

Esta elección no se puso en seguida en conocimiento del pueblo; era menester que el Sacro Colegio aguardase el consentimiento del elegido. La multitud era cada vez más amenazadora; los cardenales escondieron su vajilla y sus ornamentos. Durante un intervalo de calma se pusieron á comer, y en seguida bajaron á la capilla, donde aprobaron, sin suscitarse dificultades, la elección realizada. Pero al exterior redobla el vocerío; se hunden las puertas; el pueblo, cuando se le anuncia el nombre del elegido, entiende, en vez de Bari, Bar, nombre de un cardenal francés, y se enfurece; se invade el conclave; los miembros del Sacro Colegio huyen á sus casas ó al castillo de San Angelo y hasta fuera de Roma. Mientras tanto, el arzobispo de Bari no había sido entronizado ni proclamado. Al día siguiente algunos cardenales fueron á encontrarle; los que estaban en el castillo de San Angelo enviaron su procuración. No se levantó ninguna protesta, y el nuevo papa, que tomó el nombre de Urbano VI, fué coronado el día de Pascua. Se contó más tarde que, durante la ceremonia, algunos cardenales, por tristeza, habían bajado la cabeza «como cuando se sangra de la nariz;» pero todo se verificó regularmente. Los cardenales mostraron, en los primeros días, la mayor deferencia con el pontífice, le pidieron favores y beneficios, y anunciaron la elección á los soberanos cristianos por cartas oficiales y particulares. Uno solo, el cardenal Orsini, había protestado de la elección, hecha bajo la presión de la amenaza; otros se quejarán más tarde de haber sido violentados. En el fondo, la mayor parte de ellos habían creído hacer una elección valedera.

Pero desde luego los cardenales franceses sintieron no haber elegido un francés. Cuando el cardenal de

(1) Los cardenales «lemosinos» pertenecían por su origen al centro y al Mediodía de Francia; eran los parientes y familiares de los papas de la casa lemosina de Beaufort, Clemente VI y Gregorio XI.

Amiéns, Juan de la Grange, uno de los consejeros usuales de Carlos V, llegó á Roma algunos días después de la elección, puso en duda la legitimidad del papa y agrupó á todos los descontentos. Ahora bien: Urbano VI, caprichoso y violento, no era hombre á propósito para una situación difícil; indisponía contra él hasta á sus protectores, en particular á la reina Juana de Nápoles. Catalina de Siena le recomendaba inútilmente la dulzura: «Por el amor de Cristo, moderad un poco los movimientos súbitos que os inspira vuestra naturaleza.» Al acercarse el verano, los cardenales franceses pidieron ausentarse de Roma durante los calores, y se reunieron en Anagni. Desde mayo hasta septiembre anduvieron en negociaciones con el papa y los cardenales italianos. Al mismo tiempo llamaron algunas bandas de *routiers* para que éstos les protegieran. Los gascones de Bernardón de la Salle derrotaron á los romanos á las puertas de la ciudad. Por fin, los cardenales de Anagni declararon á Urbano VI intruso, elegido por la violencia y la coacción, y decretaron la vacante de la Santa Sede. La mayor parte de los cardenales italianos fueron, en el mes de septiembre, á reunirse con ellos. En presencia de éstos se hizo en Fondi una nueva elección el 20 de septiembre de 1378, resultando elegido por unanimidad, menos un voto, Roberto de Ginebra, que tomó el nombre de Clemente VII.

¿Qué iba á hacer Carlos V? Según una leyenda, habría tenido la ambición de ser papa. Era viudo desde el 6 de febrero de 1378; se conocía su gran piedad; los cardenales le habrían ofrecido la tiara, que él se habría negado á aceptar, porque la debilidad de sus brazos no le habría permitido celebrar la misa. Pero Carlos V era de espíritu bastante reflexivo para lanzarse á tamaña aventura.

Cuando se recibió en París la noticia de la muerte de Gregorio XI, hacía ya seis días que se había elegido á Urbano VI. A fin de mayo llegaron los primeros testigos de la elección, y el rey recibió por cartas las primeras confidencias de los cardenales franceses: las relaciones oficiales, según decían unos y escribían otros, no merecían ningún crédito; era preciso esperar informes exactos antes de entrar en relación con aquel que se decía elegido. En el transcurso de junio se presentaron en la corte dos embajadores de Urbano VI, un caballero napolitano y un escudero francés, que entregaron al rey las letras de la coronación; pero al mismo tiempo el escudero francés, Pedro de Murles, estaba encargado de una misión secreta, la cual consistía en hacer saber á Carlos V que la elección había sido irregular, y que se debía desconfiar de las demostraciones oficiales. El rey no podía, evidentemente, despreciar las advertencias que le enviaban así los cardenales más adictos á sus intereses: «Y por esto era su intención esperar todavía, hasta tanto que hubiera alguna otra certificación.»

Carlos V permaneció, pues, en la reserva y dejó á sus súbditos tener por papa legítimo á Urbano VI; pero á fin de julio apareció Juan de Guignicourt, enviado por los cardenales retirados en Anagni. Era éste un fraile menor muy instruído, antiguo confesor de la reina, y el rey le tenía en gran aprecio. Guignicourt afirmaba que la elección de Urbano VI se había realizado en condiciones que la hacían nula; era portador de las car-

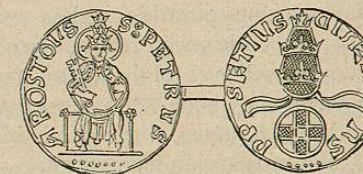
tas de trece cardenales, precisamente los miembros del Sacro Colegio en quienes el rey tenía más confianza. Carlos V decidió entonces enviar mucho dinero (*grande finance*) á los cardenales de Anagni, é hizo comunicar á los *routiers* bretones y gascones que se encontraban en Italia la orden de ponerse á disposición de dichos cardenales. Además hacía un llamamiento á la intervención de la reina Juana de Nápoles; y finalmente, escribía á Anagni para dar á los cardenales seguridades de su protección.

A partir desde ese momento, Carlos V parece haber realizado un doble juego. Oficialmente, continúa en la misma reserva, consulta á los prelados y gentes de Iglesia, y viendo que vacilan, no hace ninguna violencia á sus escrúpulos. Después de Guignicourt habían llegado á París un obispo y un fraile predicador, enviados por los cardenales; fué preciso darles una respuesta oficial. Carlos V reunió en el palacio de Justicia, el 11 de septiembre, á seis arzobispos, treinta obispos, abades, doctores de las tres universidades de París, Orleans y Angers; y dejó que esta clase de concilio deliberase libremente, fuera de su presencia. Los prelados y doctores pidieron el concurso de los miembros del Parlamento. Después de tres días de deliberar, la asamblea se negó á decidir, esperando sobre esta materia «tan elevada, peligrosa y dudosa,» luces más completas. La respuesta que dió públicamente el rey á los enviados de los cardenales fué conforme á esta decisión, pero no lo fué su conducta. En el fondo su resolución estaba ya tomada. El rey de Francia no podía resignarse á ver al papado substraerse á la influencia que había sufrido por tan largo tiempo; se puso al lado de los cardenales protestantes y contrajo así su parte de responsabilidad en el cisma.

En efecto, su correspondencia particular con los cardenales de Anagni, en los días siguientes, demuestra que en el fondo ha tomado partido por ellos contra Urbano VI. Por una coincidencia singular, escribe al cardenal de Ginebra en el mismo momento que el conclave acaba de elegirlo y cuando la elección no era aún conocida en París. Y por las manifestaciones de agradecimiento que Roberto de Ginebra, convertido en Clemente VII, dirige al rey, se ve bien que en las letras reales, actualmente perdidas, se alentaba, en efecto, á los cardenales. Fué, sin duda, por agradecimiento por lo que Clemente VII hizo grabar en su sello tres pequeñas flores de lis, queriendo así recordar que era primo (aunque en grado décimoséptimo) del rey de Francia. Inmediatamente después, Clemente VII daba á Carlos V la autorización para cobrar durante tres años una subvención del clero del reino.

Sin embargo, Carlos V no se había declarado aún públicamente. La resolución que había de tomar era muy grave, y no quería aparentar que la apresuraba. En 16 de noviembre, dos meses después de la elección de Clemente VII, reunió en Vincennes un consejo extraordinario, al que convocó á los prelados de paso en París y á varios doctores. Entonces habían ya llegado cartas oficiales de los cardenales y de Clemente; el Consejo se decidió por el reconocimiento del papa francés. Fué después de esta decisión cuando el rey, por ordenanza acordada en su Consejo, hizo publicar en todas las iglesias del reino el advenimiento de Clemente VII como papa y soberano pastor de la Iglesia.

Desde hacía algunos meses, la gente se había acostumbrado á considerar á Urbano VI como verdadero papa; el reconocimiento de otro pontífice encontró resistencias, sobre todo en Normandía. Carlos V hizo todo lo que pudo para vencerlas. A principios de abril de 1379 recibía al cardenal de Limoges enviado por Clemente VII. En el Louvre se celebró una reunión de príncipes, de prelados, de barones y de doctores, y en ella el cardenal hizo una relación detallada de lo que había pasado en Roma y en Anagni, y declaró, bajo peligro de su alma, á Clemente VII verdadero y único papa. Otros dos cardenales clementinos llegan también á París á fines de abril: la misma ceremonia, igual declaración. Por fin, en 7 de mayo, se celebra una nueva y más solemne asamblea en el bosque de Vincennes. Delante del rey, del duque de Anjou, del heredero de Navarra y de los barones, toman asiento cuatro cardena-



Moneda de Clemente VII, antipapa

les, cuatro arzobispos, trece obispos, siete abades, diez maestros en teología y ocho maestros en decretales. Carlos abre la sesión con un discurso sabiamente compuesto, expone toda la cuestión y recuerda las opiniones ya emitidas en favor de Clemente VII; después concede la palabra á los cardenales, que repiten sus declaraciones. Todos los hombres de Iglesia presentes, invitados por el rey á manifestar su opinión, afirmaron «con la mano sobre el pecho,» que Carlos V tenía el deber de reconocer á Clemente VII, de obedecerle y defenderle. En fin, después de toda una serie de procesiones y de rogativas públicas, se celebró una reunión popular en el atrio de Notre-Dame. Llamados á son de campana, los burgueses se estrecharon alrededor de una especie de tablado levantado por los carpinteros del rey, en el que se habían situado Luis de Anjou y los cardenales. Los prelados comenzaron otra vez su relación, repitieron su alegato en favor de Clemente VII, le proclamaron verdadero papa, y acusaron anticipadamente de cismáticos á todos los que se negaran á reconocerle como tal.

Fué más difícil conseguir que la Universidad de París aceptara al papa francés. La Universidad había creído, al principio, como todo el mundo, en la legitimidad de Urbano VI. Al advenimiento de cada pontífice, las universidades dirigían á la corte romana un rol, es decir, la lista de sus miembros á quienes se podía conceder algún beneficio, y este rol se había remitido á Urbano VI. Es verdad que los mensajeros, encargados de llevarlo á Roma, habían sido sorprendidos por las noticias que habían recogido en su viaje y que por consecuencia de las mismas habían vuelto atrás. Pero la Universidad estaba intranquila por esta doble elección; á principios de enero de 1379, sus miembros permanecían aún indecisos. Fueron á decirlo al rey y le expusieron que, entre los universitarios, unos estaban por Urbano y los otros por Clemente; hasta algunos de ellos no eran partidarios del uno ni del otro. Precisamente

por haber aguardado, á la Universidad le costó más trabajo decidirse. A medida que los dos partidos se deslindaban más claramente, los testimonios en pro ó en contra de uno ó del otro papa se multiplicaban y la verdad se obscurecía cada vez más.

Sin embargo, bajo la presión del rey, la mayor parte de las corporaciones universitarias, la facultad de Medicina, la facultad de Derecho, la facultad de Teología y, en la facultad de las Artes, las naciones de Francia y de Normandía se decidieron por Clemente VII; solamente se resistían la nación picarda y la inglesa. Carlos V pedía una aprobación general: «Si le oponéis una negativa ó un aplazamiento, decía, me causaréis un disgusto.» Se convocó una gran asamblea, pero no dió resultado. Para salir de apuros se decidió, después de negociaciones entre los delegados de las corporaciones universitarias favorables al papa francés, el rector y dos consejeros del rey, que la Universidad se adhería á Clemente VII. Las naciones picarda é inglesa se contentaron con no aparecer en la sesión real que se celebró en Vincennes y con no sellar el rol de la Universidad. Este rol, por lo demás muy poco extenso, se envió al pontífice reconocido. En resumen, el rey sólo había tenido, por este lado, una satisfacción incompleta.

Faltaba hacer triunfar la causa de Clemente VII en el mundo cristiano. La tarea era difícil. El rey de Francia estaba demasiado interesado en el asunto para que su intervención no fuera sospechosa. Era natural que se le acusara de perturbar la Iglesia para tener un papa francés. Consiguio su objeto cerca de la reina Juana de Nápoles, la cual desde los primeros días se había mostrado adicta á Clemente VII; Carlos V no tuvo más trabajo que el de mantenerla en estas buenas disposiciones. Más aún; en 29 de junio de 1380, Juana adoptó como hijo y reconoció como heredero al mayor de los hermanos de Carlos V, Luis de Anjou, clementino desde el principio. Amadeo V de Saboya fué también uno de los primeros adictos del papa francés. En Castilla, Carlos V insistió de un modo suave cerca de Don Enrique y de su hijo Juan en favor de Clemente VII. Los dos eran sus fieles aliados; pero no pudo hacerles salir de una especie de neutralidad benévola. El rey de Aragón, á pesar de no quererse pronunciar en derecho, se mostró simpático al papa francés y entró en relaciones con él. Después de madura reflexión, el rey de Portugal aceptó á Clemente VII.

Carlos V tuvo menos éxito en los países del Norte. Ganó desde luego á su política á su aliado el rey de Escocia; pero Inglaterra fué naturalmente atraída, desde el principio, hacia el papa Urbano, que combatía al rey de Francia. El rey envió una embajada al conde de Flandes; pero hacía mucho tiempo que los reyes de Francia habían perdido toda influencia sobre los flamencos, y el conde Luis no había jamás demostrado simpatía ni confianza á Carlos V; Flandes quedó siendo completamente urbanista. En Alemania, contra toda esperanza, Carlos IV se negó á sostener á Clemente VII, y después de su muerte, ocurrida á fines de noviembre de 1378, su hijo Wenceslao se atuvo á la decisión paterna. La embajada francesa fué mal recibida en la dieta de Francfort, en febrero de 1379, y se marchó de allí mortificada. Sin embargo, Carlos V reunió algunas adhesiones particulares, como las del arzobispo de Ma-

guncia, del duque Alberto de Baviera, regente de Hainaut, de Zelanda, de Holanda y de Frisa, del duque de Brabante, del duque de Bar, del duque de Lorena, del margrave de Moravia y de algunos otros pequeños príncipes. Pero el rey de Francia iba á morir al comienzo del gran cisma, que debía, por tanto tiempo, trabajar la Iglesia y los Estados de Occidente.

III.—Últimos momentos del rey (1)

Carlos V, aunque joven todavía, estaba agotado por el trabajo y los sufrimientos físicos. En sus últimos años sintió las aficciones de una serie de lutos. Perdió á la reina, que murió de parto á principios de 1378. «El rey fué muy turbado y largamente por la muerte de la reina, porque se amaban tanto como fieles casados pueden amarse uno á otro.» Su hija, Isabel de Francia, que tenía cinco años, murió poco después. El mes de febrero se pasó en funerales en Notre-Dame, en Saint-Denis, en los Franciscanos de París. La muerte de Gregorio XI en el mes de marzo, la de D. Enrique en el mes de mayo y la del emperador Carlos en noviembre, le afigieron bastante. Estos tres hombres habían estado con él en constantes relaciones, casi siempre amistosas. Después, en verano de 1379, estalló una grave epidemia de peste que causó numerosas víctimas.

El rey pensaba evidentemente en su muerte próxima. En todas las cuestiones, desde fines de 1379, demuestra una circunspección, una dulzura, un deseo manifiesto de paz. Sin desalentarse, hace recomenzar por cuatro veces distintas las negociaciones para arreglar la cuestión de Bretaña, y parece que esté á punto de concertarse un arreglo con Juan IV. Carlos está completamente dispuesto á tratar con el rey de Inglaterra, para no dejar esta guerra á su hijo, tan joven. Las conferencias se suceden; en Leulinghem, entre Boulogne y Calais, en 20 de mayo de 1380, el arzobispo de Ruán y Arnaldo de Corbie entregan á los embajadores ingleses las condiciones del rey de Francia. Carlos V ofrece el Querci, el Perigord, el Rouergue, la Saintonge hasta el Charente; Catalina de Francia casará con Ricardo II y le llevará en dote el ducado de Angulema; todas estas tierras quedarán bajo la soberanía del rey de Francia. En cuanto á lo demás que se había cedido á los ingleses por el tratado de Calais y que Carlos V pensaba conservar—Ponthieu, Lemosín, Poitou, Aunis, Montaubán y su distrito,—pagará como compensación una indemnización de 1.200.000 francos. Y aun el señor de la Rivière estaba autorizado para ofrecer todavía más; pero los ingleses juzgaron las ofertas insuficientes y quedaron rotas las negociaciones.

En 19 de julio de 1380 desembarcaba en Calais una expedición inglesa á las órdenes de Buckingham; debía marchar á Bretaña después de una incursión de saqueo por el reino. Fieles á la táctica de los años anteriores los franceses permanecían *immobiles quasi lapis*, inmó-

(1) FUENTES.—Hauréau, *Notice sur le n.º des manuscrits latins 8.299 de la Bibliothèque Nationale*, «Notices et Extraits des manuscrits,» XXXI, segunda parte, 1886. Christine de Pisán, *Le livre des faits et bonnes meurs du sage roy Charles V*, colección Michaud y Poujoulat, II, 1836.

OBRA DE CONSULTA.—S. Luce, *La France pendant la guerre de Cent Ans*, II, 1893. Jorga, *Philippe de Mezières*, 1896.

viles como piedras. Buckingham pasó por la Picardía, la Champaña, el Gatinais, y se encaminó por el valle del Loir hacia la Bretaña. Pero Juan de Vienne había vuelto á empezar sus correrías por las costas inglesas; á fin de agosto estaba en el Támesis, incendiaba Gravesend y asolaba las dos orillas del río. Así continuaba esta guerra que parecía no deber concluir nunca.

En el reino se multiplicaban los actos reales de generosidad y de piedad. Carlos V concede á las villas fuertes subvenciones sobre los subsidios; en muchas localidades disminuye el número de fuegos á fin de aliviar la carga tan pesada de los fogajes; separa del Langüedoc á su hermano el duque de Anjou, cuya administración se había hecho insostenible; ordena que se tenga consideración á las pobres gentes que se refugian en las fortalezas y que se conserven los pocos muebles que les quedan. Su compasión por todas las miserias aumenta á medida que su fin se va acercando. Por último, aunque clementino convencido y opuesto hasta entonces á la reunión de un concilio, se aproxima á los que lo reclaman, corresponde con ellos y llega hasta pedir, en el mes de mayo de 1380, á Conrado de Gelnhausen, que le exponga en una epístola todos los argumentos en favor de dicha solución.

Hacia el 20 de julio de 1380, el rey supo el fallecimiento de Du Guesclín. Algunas semanas después se sentía herido de muerte. Hasta cerca del 20 de agosto pudo aún hacerse transportar en litera á París, á Vincennes, á Saint-Germain-en-Laye. Después fué á instalarse en la casa de Beauté. Estaba solo; sus dos hijos, por orden suya, permanecieron en Melún, porque Beauté estaba demasiado próximo á París, donde reinaba una enfermedad epidémica. Sus hermanos estaban lejos.

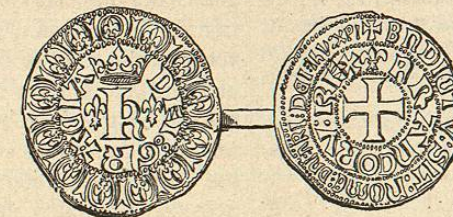
Después de una mala noche, el viernes 14 de septiembre, por la mañana, se confesó, oyó misa y quiso comulgar. Cuando le presentaron la hostia, lloró y rezó largo rato. No tuvo fuerzas para terminar su comunión; no pudo más que juntar las manos y dar gracias á Dios. Hacia las nueve de la mañana se levantó; sus sufrimientos le obligaron pronto á volver á la cama. El sábado por la mañana su debilidad era extrema, pero su espíritu no le abandonó; no tenía angustia ni tristeza: «Regocijaos, amigos míos, y estad alegres, lo mismo que vos, mi confesor, y vosotros también, mis médicos, porque antes de poco me escaparé de vuestras manos,» decía, lavándose las manos y la cara. Todo el día sufrió con resignación atroces dolores. La fiebre era muy fuerte; habló más que de costumbre; fué casi el delirio. Hacia la noche pareció que estaba mejor; pero era la calma que precede á la muerte.

La noche siguiente, del sábado al domingo, fué muy agitada; el rey se ahogaba, su lengua parecía medio pa-

ralizada; sus ojos se hundían. El domingo, á la salida del sol, hizo comparecer ante él á algunos de sus consejeros preferidos y á varios monjes y burgueses; sus notarios estaban presentes para levantar acta de lo que iba á decir. Sentado en una silla de descanso, habló por última vez del cisma. Recordó por qué y cómo se había decidido en favor de Clemente VII: «He querido, dijo, marchar por los senderos de la fe y seguir el camino más seguro; he creído, pues, y creo firmemente que Clemente VII es el verdadero pastor de la Iglesia.» Afirmó que ninguna consideración de parentesco ni mal sentimiento alguno habían dictado su elección. «Si se dice alguna vez que yo me he equivocado, lo que no creo, mi intención, sabedlo bien, es la de adoptar y seguir siempre la opinión de nuestra santa madre la Iglesia universal; quiero obedecer en este punto al concilio general ó á otro concilio que pudiera resolver la cuestión. Dios quiera no reprocharme lo que he podido hacer, sin saberlo, contra esta futura decisión de la Iglesia.»

Habiéndose puesto en regla con su conciencia sobre esta grave cuestión, en la cual sentía que su salvación estaba interesada, pidió que le presentaran la corona de espinas y la corona de la consagración, á las cuales hizo sus oraciones. Dió las órdenes para el empleo del dinero que con grandes penas había puesto de reserva, y finalmente, intranquilo, sin duda, en el momento de comparecer ante el Juez, por las quejas que levantaba en todo el reino la recaudación de los fogajes, los abolió.

A partir de aquel momento, no quiso pertenecer más que á Dios. Escuchó la misa y el canto de los órganos. Todo su cuerpo estaba dolorido. A mediodía, los obispos de Beauvais y de París, el confesor y el capellán del rey aportaron los santos óleos. Una multitud de gentes de iglesia y de gentes del pueblo llenaba el fondo de la sala. Carlos V, medio incorporado, con el busto descubierto, recibió la extremaunción. Terminaba la ceremonia cuando llegó el señor de la Rivière, que se arrojó en brazos del rey. Todo el mundo lloraba. El moribundo rezó una última oración al crucifijo, pidió perdón á todos, nobles, burgueses y villanos que pudieran tener motivo de queja contra él, y protestó de su desprecio hacia todos los bienes de este mundo. Dirigió su bendición á su hijo Carlos, bendijo á todos los presentes y después dijo: «Retiraos, amigos míos; retiraos y dejadme un poco á fin de que mis tormentos y mi trabajo se terminen en paz.» Se hizo leer la reseña de la Pasión; hacia el fin del Evangelio de San Juan expiró. Sus hermanos, que habían acudido para sus exequias, condujeron el cuerpo á Saint-Denis; pero cuando se llevó el corazón del rey á la catedral de Ruán, según lo había ordenado, ningún príncipe de la casa real hizo este viaje; su codicia les tenía ya sobradamente atareados.



Moneda de Carlos V